

tumulto pudo interrumpir, porque lo había llevado de antemano á la *Gaceta de Eatanswill*, que lo debía imprimir palabra por palabra.

Por fin, Tirkin se presentó á arreglar á sus electores; pero en seguida las bandas de música empleadas por el honorable Samuel Slumkey empezaron á ejecutar una sinfonía con gran furor. En cambio de esta atención, la multitud amarilla se puso á acariciar la cabeza y las espaldas de la multitud azul; la multitud azul quiso desembarazarse de la incómoda proximidad de la multitud amarilla, y siguió una escena de atropellos, de luchas, de combates, que nos es imposible describir. El alcalde se esforzó vanamente en terminarla; en vano ordenó con tono imperativo que doce polizontes se apoderaran de los alborotadores, que podían ser en número de doscientos cincuenta. Durante la asonada, Horacio Tirkin y sus amigos se pusieron más furiosos; en fin, Horacio Tirkin, preguntó en tono perentorio á su adversario el honorable Samuel Slumkey si los músicos tocaban por orden suya; por lo cual la sangre del honorable Samuel Slumkey ardió y retó á combate mortal al honorable Horacio Tirkin. Cuando el alcalde oyó esta violación de todas las reglas conocidas, ordenó una nueva fantasía obligada á cornetín, declarando que su deber le obligaba á hacer comparecer ante sí los señores Fizkin y Slumkey para tomarles juramento de que no turbarían la paz de Su Majestad. Al oír esta amenaza, los amigos de los dos candidatos se interpusieron, y cuando los dos partidos se hubieron querellado mutuamente por espacio de un cuarto de hora, Horacio Fizkin se llevó la mano al sombrero mirando á Samuel Slumkey; el honorable Samuel Slumkey se llevó también la mano al sombrero mirando á Horacio Fizkin, los músicos fueron interrumpidos, la multitud se apaciguó y Horacio Fizkin pudo continuar su arenga.

Los discursos de los dos candidatos, aunque diferentes en la forma, eran iguales en lo de ofrecer un tributo de gratitud á la nobleza y al mérito de los habitantes de Eatanswill. Cada cual expresó su íntima convicción de que jamás había existido sobre la tierra una reunión de hombres más independientes, más ilustrados, más patriotas, más virtuosos, más desinteresados que los que habían prometido votar por él. Uno y otro dijeron que la agricultura, la industria, el comercio, la prosperidad de Eatanswill serían siempre más caros á su corazón que todas las demás cosas de la tierra. Cada cual era feliz en poder declarar que, atendiendo al buen juicio de los electores, él creía en ser elegido.

Se procedió al escrutinio. Se dió un voto de gracias al alcalde por su admirable manera de presidir, y el al-

calde dió gracias á la asamblea, deseando en todo su corazón que el sillón de la presidencia no hubiera sido una *vana palabra*, porque había estado en pie durante toda la ceremonia.

Mientras se verificó el escrutinio, la villa entera parecía agitada de la fiebre del entusiasmo. Todo pasaba de la manera más liberal y más deliciosa. Algunas camillas recorrían las calles para comodidad de algunos electores que se habían molestado mucho con los pasados tumultos, porque durante toda la lucha electoral, esta especie de indisposición epidémica se había desarrollado en los electores con rapidez y de un modo tan alarmante, que se les veía extendidos por las aceras de las calles, en estado de completa insensibilidad. El último día había aún un pequeño número de electores que no habían votado. Eran individuos reflexivos, calculadores que no estaban suficientemente convencidos por las razones de ambos candidatos, aunque habían tenido grandes conferencias con ellos. Una hora antes de cerrarse el escrutinio, mister Perker solicitó el honor de tener una entrevista privada con aquellos nobles é inteligentes patricios. Los argumentos que empleó fueron breves, pero convincentes. Los rezagados fueron en tropel al escrutinio, y cuando salieron, el honorable Samuel Slumkey salió también de la urna electoral.

CAPITULO XIV

Donde se verá una breve descripción de la sociedad reunida en el Pavo de Plata, y además una historia contada por un comerciante.

Mr. Pickwick había sido bastante excitado por mister Pott para aplicar sus extraordinarias facultades intelectuales en las operaciones que acabamos de contar por su libro de memorias. Mientras se ocupaba en esto, mister Winkle no estaba ocioso, pues gastaba todo su tiempo en agradables paseos, en pequeñas excursiones románticas con mistress Pott; porque cuando se presentaba la ocasión, esta amable dama no dejaba de buscar al-

gún alivio á la fastidiosa monotonía de que se quejaba con tanta amargura. Mientras Mr. Winkle y Mr. Pickwick se aclimataban de este modo en casa del periodista, Mr. Tupman y Mr. Snodgrass se encontraron en gran parte reducidos á sus propios recursos. Tomando poco interés en los negocios públicos, recurrieron para matar el tiempo á las distracciones que en el *Pavo de Plata* se podían encontrar. Estas diversiones se reducían á un juego de prendas en el primer piso, y á un solitario juego de tejo en el patio. Gracias á la solicitud de Sam, nuestros viajeros fueron gradualmente iniciados en los misterios de aquel pasatiempo, mucho más abstracto de lo que generalmente se cree. Así pudieron entretener el ocio de las horas de pereza, aunque estuvieron en gran parte desheredados de la sociedad de Mr. Pickwick.

El *Pavo de Plata* ofrecía principalmente por las noches á los dos amigos atracciones que les permitían resistir á las invitaciones del elocuente periodista. Por la noche se reunían en el café del hotel algunas personas originales, cuyos caracteres y maneras presentaban á Mr. Tupman motivo de observaciones deliciosas, y cuyas palabras y acciones eran habitualmente advertidas por Mr. Snodgrass.

Sabido es que los cafés son el sitio donde se reúnen principalmente los comisionistas. El del café del *Pavo de Plata* no salía de la regla general.

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass bebían y fumaban la noche siguiente al día de la elección, con otros muchos habitantes del hotel.

—Vamos, señores, — dijo el *ex-abrupto* un personaje grande y vigoroso, que no tenía más que un ojo, pero un ojo negro y resplandeciente como cuatro de malicia y buen humor; — vamos, señores, brindemos á nuestra salud; propongo este brindis á la compañía, pero en mi fuero interno yo brindo á la salud de María: ¿no es verdad, María?

—¡Dejadme, mónstruo! — respondió la criada, que apesar de esto se vanagloriaba mucho del cumplimiento.

—No os vayáis, María, — respondió el hombre del ojo negro.

—Dejadme en paz, impertinente.

—No lloréis por veros obligada á dejarme, María, — continuó el personaje del ojo único, mientras la joven salía de la habitación; — yo iré á buscaros en seguida; no os inquietéis, querida. — Al decir esto guiñó el ojo solitario del lado donde estaba la gente, con gran satisfacción de un personaje de bastante edad y que tenía una pipa de barro y un rostro igualmente *culotados*.

—¡Qué pícaras son las mujeres! — dijo el hombre de la cara *culotada*, después de una pausa.

¡Ah! sí, es muy cierto, — exclamó detrás de su cigarro un segundo caballero de cara encendida.

Después de este párrafo de filosofía hubo otra pausa.

—A pesar de esto, hay en este mundo cosas peores que las mujeres, — continuó el hombre del ojo negro, llenando gravemente una pipa holandesa de enormes dimensiones.

—¿Sois casado? — preguntó el del rostro *curado*.

—No, que yo sepa.

—Se me había figurado.

—Después de todo, caballero, — dijo el entusiasta Mr. Snodgrass, — las mujeres son el encanto y el consuelo de nuestra existencia.

—Es cierto, — añadió el personaje tuerto.

—Cuando están de buen humor, — añadió el de la cara *curada*.

—¡Oh! ¡es cierto! — dijo el caballero pacífico.

—Esta pequeña discusión sobre las mujeres, — dijo el comisionista tuerto, — me hace recordar una historia que oí contar á mi tío. Esto es lo que me ha impelido á decir que hay cosas peores que las mujeres.

—Quisiera oír esa historia, — dijo el hombre del cigarro y de la cara roja.

—Y yo también, — dijo Mr. Tupman, que hablaba por vez primera, y que deseaba corroborar su existencia.

—Pues voy á contarla. Sin embargo, creo que no merece la pena: me parece que no váis á creerla.

Y mientras el comisionista hablaba de este modo, su ojo solitario guiñaba de una manera maliciosa.

—Con esa condición voy á contarla. ¿Habéis oído hablar de la casa Bilson y Slum? Por lo demás, si habéis oído hablar de esta casa ó no, es cosa que no importa mucho, puesto que hace tiempo que se han retirado del comercio. Hace ochenta años que el suceso en cuestión le pasó á un empleado de dicha casa. Era amigo íntimo de mi tío, y mi tío me ha contado la historia poco más ó menos como váis á oír. Se titula

Historia de Tomás Smart

Una tarde de invierno, en el momento en que principiaba á extenderse la obscuridad sobre la tierra, se veía por el camino que atravesaba la llanura de Malborough un coche ocupado por un hombre, que aguijoneaba su caballo con prisa.

La estación era tan fría, y la noche tan tempestuosa, que excepto el agua que caía, no había ni un gato por allí. Si un comisionista de aquel tiempo hubiera encon-

trado aquella calesa con su caja gris, sus ruedas encarnadas y su yegua torda de marcha larga, de carácter asustadizo y caprichoso, hubiera decidido al primer golpe de vista que el conductor del coche era necesariamente Tomás Smart, de la gran casa de Bilson y Slum; pero como no había allí ningún comisionista, nadie se enteraba del asunto, y Tomás Smart, su calesa gris, sus ruedas rojas y su yegua caprichosa, guardaban mutuamente el secreto caminando juntos.

En este triste mundo hay muchos sitios más agradables que el llano de Malborough, cuando el viento silba con violencia. Si unís á esto una sombría noche de invierno, un camino fangoso y desigual, una lluvia fría y violenta, experimentando todo esto en vuestra propia persona, comprenderéis la fuerza de la observación.

El viento no soplaba de frente ni por detrás, pero venía al través del camino, lanzaba la lluvia oblicuamente, como las líneas que se trazan en nuestros cuadernos de escritura para enseñarnos á inclinar bien las letras; se apaciguaba por momentos, y el viajero empezaba á felicitarse, porque creía que, fatigado de su furia, se había al fin adormecido. Pero de repente empezaba á ahullar de nuevo, llegaba rodando por encima de las colinas, barría la llanura, acercándose con violencia siempre creciente, revoloteaba alrededor del hombre y del caballo, azotaba sus ojos, sus orejas y lanzaba por todas partes ráfagas de una lluvia fría y picante; después retumbaba á lo lejos, como glorificándose de su poder.

La yegua andaba difícilmente en el lodo, y de tiempo en tiempo sacudía la cabeza, como para expresar el disgusto que le causaba la conducta inconveniente de los elementos. Sin embargo, seguía andando, cuando de repente, viendo venir un torbellino más fuerte que los demás, se detuvo y plantó sólidamente sus cuatro patas en la tierra. Obró así por una gracia especial de la Providencia, porque la calesa era tan ligera, Tomás Smart tan pequeñuelo, y la yegua caprichosa tan poco robusta, que una vez arrebatados por el huracán, hubieran rodado infaliblemente unos sobre otros, hasta que hubieran llegado hasta el confin de la tierra, ó se hubiera apaciguado el viento.

— ¡Maldito tiempo del demonio! — exclamó Tom Smart, que tenía la mala costumbre de jurar.

— Vamos, viejecita, — continuó acariciando el cuello de la yegua con el látigo, — no hay medio de avanzar esta noche; nos detendremos en la primera posada; mientras más andes, más pronto se acabará esto.

La yegua, que sin duda entendía las palabras de su amo, empezó á correr; trotaba con tanta velocidad y sacudía de tal modo la cabeza, que Tom Smart esperaba

á cada instante ver los rayos de las ruedas saltar á derecha é izquierda y sumergirse en el suelo húmedo. Aunque era buen conductor, Tom no pudo detener la marcha de la yegua hasta el momento en que el valeroso animal se detuvo delante de una posada, á mano derecha del camino, poco más ó menos á dos millas de las colinas de Malborough.

El viajero dejó su látigo y dejó las riendas á un mozo de cuadra, mientras examinaba la casa. Era un viejo caserón, construido con vigas cruzadas y ladrillos; las ventanas sobremontadas de un pequeño techo puntiagudo; la puerta era baja, y para entrar en la casa, era preciso bajar dos escalones estrechos bajo un pórtico obscuro. Sin embargo, la posada no tenía muy mal aspecto; por la ventana de la sala se escapaba un rayo de luz que iluminaba el camino hasta la valla de enfrente; una claridad, tan pronto débil y vacilante, tan pronto fuerte y viva, se veía al través de la cortina de otra ventana, indicando el excelente fuego que ardía en el interior. Observando estos pequeños síntomas con la mirada de un viajero experimentado, Tom bajó con tanta agilidad como sus miembros le permitieron, y entró en la casa.

En menos de cinco minutos se instaló en la sala, enfrente del mostrador y no lejos de un fuego substancial, compuesto de un poco de carbón de piedra y mucha leña. Aquellos combustibles formaban un montón que llegaba hasta la mitad de la chimenea y chispeaba con un rumor que hubiera bastado para calentar el corazón de todo hombre razonable. Una joven bella, de resplandeciente mirada, de pie breve, de aspecto agraciado, extendía sobre la mesa un blanquísimo mantel. Tom, sentado junto al fuego, veía por reflexión en el espejo de la chimenea la bella perspectiva del mostrador, con sus filas de quesos, de trozos de jamón, de vaca mechada, de botellas con inscripciones, de cajas de conservas. Además, en el mostrador había una viuda que tomaba te, junto á la más bella de las mesas posibles; y esta viuda, que podía tener cuarenta y ocho años, era evidentemente la dueña de la posada, la autócrata suprema de aquellos estados. Desgraciadamente había una mala sombra en este luminoso cuadro. Era un hombre muy alto, de traje pardo, de enormes botones de metal, con negros bigotes y cabellos negros rizados. Tomaba te al lado de la viuda, y estaba en camino de tomar la misma viuda, como era fácil comprender.

El carácter de Tom Smart no era irritable ni envidioso, y, sin embargo, de una manera ó de otra, el hombre alto de vestido pardo hizo fermentar el poco humor que entraba en su constitución. Lo que más le molestaba sobre todo era observar de tiempo en tiempo en el cris-

tal ciertas familiaridades inocentes, pero afectuosas, que se cambiaban entre la viuda y el hombre alto, induciendo evidentemente que era favorito de la dama. Tom amaba el ponche caliente; así es que, después de haberse cerciorado de que su yegua tenía buena ración de avena, después de haber saboreado la excelente comida que le sirvió la misma viuda, Tom pidió un vaso de ponche por vía de ensayo. La viuda confeccionaba mejor que nadie este artículo. El primer vaso gustó tanto á Tom, que no tardó en pedir el segundo. El ponche caliente es cosa deliciosa en todas partes, pero en aquella habitación tan bella, junto á tan exceleate fuego, oyendo el ruido del viento que rugía en el exterior, Tom encontró mucho más sabroso el ponche caliente. Pidió un tercer vaso, después el cuarto, después el quinto. Mientras más ponche bebía, más se irritaba contra el hombre alto.

— ¡El diablo le confunda! — dijo para sí Tom Smart; — ¿qué tiene que hacer aquí? Si la viuda tuviera un poco de gusto, podía aficionarse á un perillán de mejor hocio que este.

Al decir esto, los ojos de Tom se apartaron del cristal y contemplaron el vaso de ponche; lo bebió y pidió otro.

El caballero Tom Smart había tenido siempre el deseo de servir al público. Desde hacía mucho tiempo había ambicionado establecerse en un mostrador de su propiedad, con su gran gabán verde, sus pantalones de terciopelo y sus botas de vuelta. Formábase una alta idea del acto de presidir una comida, y parecíale que había de hablar muy bien en un comedor que le perteneciera, y que daría un gran ejemplo á sus parroquianos comiendo con gran intrepidez. Todo esto pasó rápidamente por la mente de Tom mientras saboreaba su ponche, y sintió justa indignación hacia el hombre alto, que parecía estar á punto de adquirir aquella casa, mientras que Tom Smart estaba muy lejos de tan grande dicha. Por consiguiente, después de haber pensado si debía armar camorra con el hombre alto, Tom Smart vino á deducir la conclusión, muy lógica por cierto, de que un pobre hombre, muy perseguido por la fortuna, lo mejor que podía hacer era meterse en la cama.

La linda muchacha guió á Tom por una larga y vieja escalera. El viento apagó la luz; la joven volvió á encenderla, y Tom, después de abrazar á la criada en la obscuridad, fué llevado al través de un laberinto de corredores hasta llegar á su cuarto. La joven le dió las buenas noches y le dejó solo.

Se encontraba en una estancia grande; el lecho hubiera podido servir para un batallón entero; los dos armarios de caoba, ennegrecida por el tiempo, hubieran

contenido el equipaje de un pequeño ejército; pero lo que más llamó la atención de Tom fué un sillón extraño, de respaldo elevado, esculpido del modo más raro, cubierto de damasco con grandes ramos y con las patas cuidadosamente envueltas en pequeños sacos rojos, como si hubieran tenido gota en los talones. De otro sillón singular no hubiera pensado Tom otra cosa sino que era un sillón singular; pero había en aquel sillón una cosa... le era imposible decir qué... una cosa que nunca había visto en ningún mueble; una cosa que parecía fascinarle. Sentóse junto al fuego, y clavó los ojos en el mueble durante media hora.

— A fe mía, — dijo Tom desnudándose lentamente y considerando siempre el viejo sillón, que se ostentaba con misterioso aspecto junto á su lecho, — nunca he visto nada más particular.

Sacudió la cabeza con aire de profunda sabiduría y miró el sillón otra vez; pero mientras más miraba, menos comprendía. Se metió en la cama, se arropó bien y se durmió.

Media hora después, Tom se despertó sobresaltado en medio de un sueño confuso de hombres altos y vasos de ponche. El primer objeto que se ofreció á su imaginación aturdida fué el extraño sillón.

— No quiero mirarlo más, — dijo Tom cerrando fuertemente los párpados, y procuró persuadirse de que iba á dormir.

¡Imposible! Una enorme cantidad de sillones estrambóticos bailaban en torno suyo, batían el compás con las patas, daban vueltas de carnero y hacían toda clase de cabriolas.

— Lo mismo da ver un sillón real que dos ó tres docenas de sillones imaginarios, — pensó Tom sacando la cabeza por entre las sábanas.

El objeto de su admiración estaba siempre allí, fantásticamente alumbrado por la luz vacilante de la chimenea.

Tom lo contemplaba fijamente, cuando de repente le vió cambiar de forma. Las esculturas del espaldar tomaron gradualmente los caracteres y la expresión de una cara humana, vieja y arrugada; el damasco floreado se convirtió en un viejo chaleco abigarrado, las patas se alargaron, convirtiéndose en pies con babuchas rojas, y el sillón, en fin, ofreció la apariencia de un viejísimo y respetabilísimo señor del siglo anterior, que se había sentado allí. Tom se incorporó sobre su lecho, y se frotó los ojos para persuadirse de que no era ilusión. Pero no, el sillón era realmente un hombre anciano, y lo más particular es que este viejo empezó á guiñar el ojo mirando á Tom Smart.

Tom era muy audaz, y además tenía en el estómago cinco vasos de ponche. Aunque él estaba un poco desnaturalizado, sintió que le excitaba su bilis el que lo mirase el viejo aquel con aire tan imprudente. Por fin, resolvió no tolerar más aquello, y como la extraña cara continuaba guiñando el ojo, Tom le dijo en tono colérico:

—¿Por qué diantre me hacéis estas muecas?

—Porque me da la gana, Tom, — respondió el sillón, ó el viejo, como queráis llamarle. Entonces cesó de guiñar el ojo, pero empezó á soreir enseñando los dientes, como un viejo mono decrepito.

—¿Cómo sabéis mi nombre, cara de pergamino? — preguntó un poco desconcertado, aunque quería aparentar serenidad.

—Vamos, vamos, Tom, no se debe hablar de ese modo á la caoba maciza.

Al decir esto, el viejo tenía un aire tan feroz, que Tom empezó á asustarse.

—No tenía yo intención de faltáros al respeto, caballero, — respondió en tono un poco más humilde.

—Bien, bien; ¿lo véis, Tom?

—¿Cómo?

—Sé vuestra historia, Tom; sé vuestra historia; sé que no sois rico.

—¿De veras? ¿pero cómo sabéis eso?

—Eso no os importa. Escuchadme, Tom; os gusta demasiado el ponche.

Tom estuvo á punto de protestar diciendo que no había probado el ponche desde el último aniversario de su natalicio; pero sus ojos encontraron los del sillón. Estos tenían una expresión tan penetrante, que Tom se ruborizó y guardó silencio.

—Tom! la viuda es una bella dama, una mujer apetecible; ¿eh, Tom?

Al decir esto, el viejo miró al cielo, dió un resoplido y levantó una de sus pequeñas piernas con aire tan travieso, que á Tom le disgustó la ligereza de sus maneras, sobre todo á su edad.

—Tom! — dijo el viejo, — yo soy su tutor.

—¿De veras?

—He conocido á su madre, Tom, y á su abuela también. Estaba loca por mí. Ella me hizo este chaleco.

—¿Sí?

—Y estas babuchas, — continuó el viejo. — Pero dejemos eso: no conviene que se sepa cuánto me quería. Esto podría dar ocasión á algunas desavenencias en la familia.

—Yo era el predilecto de las mujeres en mi tiempo: yo he tenido muchas sobre mis rodillas durante horas enteras. ¡Eh! Tom ¿qué os parece?

El viejo iba á continuar, contando tal vez alguna proeza de su juventud, cuando fué atacado de un violento acceso de temblor, y tuvo que callar.

—¡Está bien, viejo libertino! — pensó Tom, pero no dijo nada.

—¡Ah! — continuó su extraño interlocutor, — esta enfermedad me incomoda mucho ahora.

—Lo creo.

—Pero no se trata de eso: yo quiero casaros con la viuda.

—¡A mí, caballero!

—A vos.

—Bendiga el cielo vuestras canas; — el sillón conservaba aún una parte de sus crines; — ella no me querrá.

Y Tom suspiró involuntariamente, porque pensaba en el mostrador.

—Ya veremos, — dijo el viejo con firmeza.

—No, no; soplan otros vientos; un maldito zanqui-largo, un endiablado figurón.

—¡Tom! — dijo el viejo solemnemente, — no se casará con ella jamás.

—¡Ah! si vos hubierais estado en el mostrador, no diriais eso.

—¡Bah! ¡bah! yo sé toda la historia.

—¿Qué historia?

—Los besos furtivos detrás de la puerta, etcétera, — dijo el viejo con una mirada impudente que hizo hervir la sangre de Tom; — yo estoy enterado de eso, Tom: he visto hacer lo mismo á otros que no quiero nombrar, pero después no ha resultado nada.

—¡Debéis haber visto cosas muy buenas en vuestros tiempos!

—¡Ya lo creo, Tom! — respondió el viejo con una mueca muy complicada. — Después, — añadió lanzando un profundo suspiro: — ¡ah! ¡yo soy el último de mi familia!

—¿Era muy numerosa?

—Éramos doce muchachos muy fornidos; ¡qué diferencia de estos abortos del día! y éramos tan bellos, aunque no me esté bien el decirlo, éramos tan bellos, que daba gusto vernos.

—¿Y qué ha sido de los otros caballeros?

El viejo respondió tristemente:

—¡Disgustos, Tom, disgustos! Hemos hecho duros servicios, y no tenían todos mi constitución. Han sido atacados de reumatismo en las patas y en los brazos de tal modo, que han sido relegados á la cocina y á otros hospitales. Uno de ellos, después de largos servicios y malos tratamientos, se dislocó y rompió de tal modo, que fué preciso echarlo al fuego.

—¡Espantoso destino!

El viejo hizo una pausa. Luchaba contra la violencia de sus emociones. Al fin, continuó en estos términos:

—Pero no se trata de eso, Tom. Aquel hombre alto es un bribón, un aventurero. Desde que se casara con la viuda, vendería todos los muebles y se marcharía; ¿qué sucedería después? Ella se vería abandonada, arruinada, y yo me moriría de frío en la tienda de algún prendero.

—Sí, pero...

—No me interrumpáis: yo tengo de vos una opinión muy diferente; yo sé que si algún día os hallaseis establecido en una taberna, no la dejaríais nunca, mientras en ella quedara algo que beber.

—Os doy gracias por vuestra buena opinión, caballero.

—Por eso precisamente, — dijo el viejo en tono magistral, — vos os casaréis con ella, y él no se casará.

—¿Y quién lo impedirá? — preguntó Tom con vivacidad.

—Una pequeña circunstancia; él es casado.

—¿Cómo podría yo probarlo? — exclamó Tom saltando de su lecho.

—El no sospecha que se ha dejado en el bolsillo derecho de su pantalón, que está en ese armario, una carta de su desgraciada mujer, que le suplica vaya a dar de comer a sus seis... notad bien, Tom, a sus seis hijos, todos de poca edad.

Cuando el viejo hubo pronunciado estas palabras con solemnidad, sus facciones se fueron borrando poco a poco, y su cuerpo empezó a oscurecerse; un velo parecía extenderse sobre los ojos de Tom. El viejo chaleco se resolvió en un cogín de damasco; sus babuchas rojas se convirtieron en pequeños forros; toda su persona tomó la apariencia de un viejo sillón. Entonces el fuego de la chimenea se apagó, y Tom Smart, recostando la cabeza sobre la almohada, se durmió profusamente.

La mañana le sacó del sueño letárgico que se había apoderado de él después de la desaparición del viejo. Se sentó en su lecho, y durante algunos minutos se esforzó vanamente en recordar los sucesos de la noche anterior. De repente vinieron a su memoria; miró el sillón: era indudablemente un mueble gótico, sombrío, fantástico; pero hubiera sido necesaria una imaginación más ingeniosa para descubrir allí alguna semejanza con el viejo.

—¿Cómo vamos, viejo verde? — dijo Tom, que se encontraba más animoso a la luz del día, como generalmente sucede a la mayor parte de los hombres.

El sillón permaneció inmóvil y no respondió palabra.

—¿Qué armario me habéis indicado? — continuó Tom; — ¿podéis decírmelo otra vez?

El sillón insistió en su silencio.

—Veamos, — dijo Tom saltando del lecho; — no es difícil averiguarlo.

Dirigióse a uno de los armarios; la llave estaba en la cerradura. Abrió y encontró un pantalón; Tom metió la mano en la faltriguera de la prenda, y sacó la carta de que el viejo le había hablado.

—¡Chistosa historia! — dijo Tom mirando primero el sillón, después el armario, después la carta, volviendo a mirar por último el sillón. — ¡Chistosa historia! — Pero por más que miraba, nada sacaba en claro; y así creyó que lo más prudente era vestirse y terminar el asunto del hombre alto, sólo para no estar en suspenso.

Al bajar a la sala examinó las localidades con la mirada escrutadora de un propietario, y pensando que no sería difícil que todo aquello fuera bien pronto suyo. El hombre alto estaba en pie junto al mostrador, con las manos a la espalda, como si estuviera en su casa. Al ver a Tom sonrió con aire distraído. Un observador superficial hubiera podido suponer que sólo sonreía para mostrar sus dientes blancos; pero Tom pensó que un sentimiento de triunfo se agitaba en el sitio donde debía estar el espíritu del hombre alto. Tom llamó a la patrona.

—Buenos días, señora, — dijo Tom Smart cerrando la puerta de la pequeña sala cuando la viuda hubo entrado.

—Buenos días, caballero; ¿qué queréis para almorzar?

Tom no respondió palabra, porque pensaba la manera de abordar la cuestión.

—Hay un excelente jamón, — contestó la viuda, — y un excelente asado de ave; ¿os lo mando, caballero?

Estas palabras pusieron término a las reflexiones de Tom, y su admiración por la viuda aumentó.

—Señora, — preguntó él, — ¿quién es ese hombre que está en el mostrador?

—Se llama Jinkins, caballero, — respondió la viuda ruborizándose un poco.

—Es un guapo mozo.

—Y una persona muy distinguida.

—¡Hum! — dijo el viajero.

—¿Se os ofrece alguna cosa? — dijo la viuda un poco desconcertada por el ademán de su interlocutor.

—Sí; ¿queréis tener la bondad de sentaros un instante?

La viuda pareció admirada, pero se sentó y Tom se sentó junto a ella. Yo no sé cómo fué ni Tom Smart lo sabía tampoco; pero lo cierto es que la palma de la mano de Tom se apoyó en la de la viuda, y así permaneció hasta el fin de la conferencia.

—Señora mía, — dijo Tom haciéndose amable, — se-

ñora, vos merecís sin duda un excelente marido.

— ¡Caballero! ¡caballero! — exclamó la viuda.

Y no las tenía todas consigo: aquel modo de entablar la conversación era bastante inusitado, por no decir otra cosa, sobre todo si se considera que ella no había visto á Tom la noche anterior.

— Yo no soy un adulator, señora. Merecís un marido perfecto, y él será feliz.

Mientras Tom hablaba de este modo, la viuda aparecía más desconcertada; hizo un movimiento para levantarse, pero Tom estrechó suavemente su mano para retenerla, y la viuda permaneció en el asiento.

— A la verdad, caballero... yo os doy las gracias por vuestra buena opinión, — continuó la dama riendo, — y si algún día me caso...

— ¿Sí? — dijo Tom malignamente.

— Sí; cuando resuelva casarme espero tener un marido tan bueno como vos decís.

— Jenkins, queréis decir.

— ¡Caballero! ¡caballero!

— Vamos, no me habléis de él. Yo le conozco...

— Estoy segura que los que le conocen no tendrán nada malo que contar de él, — continuó la dama ofendida por el aire misterioso del viajero.

— ¡Hum! — dijo Tom.

La viuda comprendió que había llegado el momento de llorar. Sacó, pues, su pañuelo y preguntó á Tom si trataba de insultarle, si creía que era digno de un caballero hablar mal de otro caballero por detrás, porque lo natural era decirselo á él, y no venir á asustar á una pobre mujer.

— No tardaré en decirle en dos palabras, — respondió Tom. — Tan sólo quiero que vos me oigáis antes.

— Pues bien, decid, — exclamó la viuda esperando con atención.

— Voy á daros una sorpresa, — replicó Tom metiendo la mano en el bolsillo.

— Si váis á probarme que no es rico, ya lo sé, y bien podéis evitaros la molestia.

— No es eso. *Yo tampoco lo soy.*

— ¿Pues qué es entonces? — exclamó la pobre mujer afligida.

— No os asustéis, — dijo Tom sacando la carta, — y no déis gritos, — continuó desdoblándola.

— No, no, dejádmela ver.

— Cuidado con poneros mala, y con hacer demostraciones.

— No: os lo prometo.

— Ni precipitaros en la sala para injuriarle, porque ya véis, yo hago todo esto por vos.

— Vamos, vamos, — dijo la viuda, — dejadme leer.

— Ahí tenéis, — replicó Tom Smart, y puso la carta en las manos de la viuda.

Las lamentaciones de la pobre mujer cuando leyó el papel hubieran conmovido un corazón de piedra. Tom había tenido siempre el corazón muy tierno; así es que se sintió atravesado de parte á parte.

— ¡Oh! ¡traidor! ¡malvado! — exclamó la viuda con furia.

— Es horrible, señora, pero calmáos.

— No, no quiero calmarme, — dijo sollozando la viuda. No encontraré nunca una persona á quien pueda amar como á él.

— Sí, sí señora, — exclamó Tom dejando caer un diluvio de lágrimas sobre los infortunios de la viuda. En la energía de su compasión había pasado su brazo alrededor de su talle, y la viuda, en el paroxismo de su desventura, había estrechado la mano de Tom. Miró el rostro del viajero y sonrió al través de sus lágrimas. Tom se acercó más á ella, contempló sus facciones y sonrió también.

En resúmen, Tom puso en la puerta de la calle al hombre alto y se casó con la viuda al cabo de un mes. Se le veía con frecuencia paseando por los alrederos en su yegua caprichosa, que arrastraba lentamente el coche de ruedas encarnadas. Después de muchos años se retiró del comercio y se fué á Francia con su mujer. La vieja casa fué entonces demolida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1935 MONTERREY, MEXICO

Un caballero viejo tomó la palabra después del comisionista.

— ¿Me permitiréis preguntaros, — dijo, — qué se hizo del sillón?

— Se notó que temblaba y crugía mucho el día de la boda; pero Tom Smart no podía decir si por la alegría ó á consecuencia de sufrimientos.

— ¿Y todo el mundo creyó en esa historia? — preguntó el de la cara *culotada*.

— Todos, excepto los enemigos de Tom. Estos decían que era una paparrucha. Otros decían que estaba borracho, y que al vestirse había equivocado el pantalón.

— ¿Tom Smart sostiene que es verdad?

— Sí señor.

— ¿Y vuestro tío?

— También.

—Me parece que uno y otro habían de ser unos buenos tunantes.

—Efectivamente, — dijo el comisionista, — eran dos tunantuelos.

CAPITULO XV

Donde se verá un retrato fiel de dos personas distinguidas, y una descripción exacta de un gran almuerzo, que nos lleva al encuentro de un antiguo conocido y al principio de otro capítulo.

La conciencia de Mr. Pickwick le acusaba de haber olvidado á sus amigos del *Pavo de Plata*, y en la mañana del tercer día, después de la elección, salió á visitarlos, cuando su fiel criado puso en sus manos una tarjeta, en la cual veía en letras góticas la inscripción siguiente:

LA SENORA DE CAZALEON

La caverna Eatanswill

—El portador espera, — dijo Sam.

—¿Pregunta por mí?

—A vos y sólo á vos busca.

—¿Es un caballero?

—Si no es un caballero es una imitación muy bien hecha.

—Pero es tarjeta de una dama.

—Sin embargo, me la ha dado un caballero. Espera en el salón, y dice que esperará todo el día con tal de veros. Mr. Pickwick bajó á la sala; un hombre grave estaba sentado allí. Levantóse prontamente, y al ver entrar á nuestro filósofo, dijo con aire de profundo respeto:

—¿Sois Mr. Pickwick?

—Sí señor.

—Permitidme, caballero, el honor de estrechar vuestra mano.

—Con mucho gusto, — respondió Mr. Pickwick.

El visitante sacudió la mano que se le ofrecía, y continuó así.

—Caballero, la fama nos ha hablado de vos como de un sabio anticuario: la nombradía de vuestros descubrimientos ha llegado á oídos de mistress Cazaleon, mi mujer, caballero. Yo soy Mr. Cazaleon.

Aquí se detuvo el hombre grave, como si hubiera creído que Mr. Pickwick se había de aturdir á aquella comunicación; pero viendo que el filósofo permanecía en calma, continuó en estos términos:

—Mi mujer, caballero, mistress Cazaleon, tiene orgullo en contar entre sus relaciones á todos los que han adquirido celebridad por sus obras y su talento. Permitidme, caballero, que coloque en aquella lista el nombre de Mr. Pickwick y el de sus compañeros del Club que ha fundado.

—Tengo muchísimo gusto, caballero, en conocer á una dama tan distinguida.

—La conoceréis, caballero, mañana por la mañana damos un gran almuerzo, una fiesta campestre, á que están convidadas un número considerable de personas, que se han hecho célebres por sus obras y por su talento. Conceded á mistress Cazaleon la satisfacción de veros en la caverna.

—Con mucho gusto.

—Mistress Cazaleon da muchos almuerzos, caballero, *galas de la razón, luces del alma*, como observó con mucho sentimiento uno que ha dedicado un soneto á mistress Cazaleon.

—¿Es célebre por sus obras y por su talento? — preguntó Mr. Pickwick.

—Ciertamente, caballero; todos los conocidos de mistress Cazaleon son célebres; su ambición consiste en no tener otra clase de relaciones.

—Es una nobilísima ambición.

—Cuando yo diga á mistress Cazaleon que esa observación ha salido de vuestros labios, caballero, ella se llenará de orgullo. Con vos viene un caballero que ha escrito algunos poemitas muy bellos.

—Mi amigo Snodgrass tiene mucho gusto por la poesía.

—Lo mismo que mistress Cazaleon: adora la poesía, caballero; la poesía la enloquece. Puedo decir que su alma toda está impregnada de poesía. También ella ha compuesto cosas deliciosas. Tal vez habréis visto su oda *A una rana moribunda*.

—No recuerdo...

—¿Es imposible! Ha producido una sensación extraordinaria. Primero apareció en *El Correo de las da-*